

Nápoles había acordado el cierre de las boticas si el Gobierno no les garantiza el ejercicio normal y decoroso de la profesión.

«O la autoridad—dice aquel Colegio,—obliga á ciertas »farmacias á que cumplan la ley, funcionando con seriedad »y rectitud, é impide que las droguerías expendan medicamentos como las farmacias, ó bien nosotros procederemos »al cierre de nuestras boticas; en una palabra, ó nosotros ó »los demás.»

Se han adherido al acuerdo del Colegio de Nápoles, los farmacéuticos de muchas poblaciones inmediatas, como Sorrento, Portici, Capri, Resina y otras; pero, de todos modos, allá como aquí, creemos que, al fin, los profesores serios y concienzudos habrán de retirarse dolorosamente de la profesión, dejando que la acaben de prostituir los... otros.

Que es lo que ya sucede aquí, en Italia y otros puntos.

FRANCISCO GELPI.



ms. 108 *Recuerdos de mi última campaña*

Pernoctamos en Mansilla á la bajada de la Sierra de San Lorenzo, de donde traía únicamente buenos recuerdos del Monte del Oro; era preciso abandonar en Villavelayo la cuenca del Nagerilla, cortada por segunda vez, si como pretendía, deseaba estudiar la Sierra del Urbión. En el pueblecito de Neila sacamos un guía, y con él por delante, apechugamos con Urbión, cuando ya al sol se le podía desafiar cara á cara. Llegando á escape la noche, pisamos las faldas donde

el río Duero tiene su nacimiento; mis ojos se iban tras de cualquier repliegue del suelo, pero el guía, deseando mejor sitio para acampar, seguía siempre hacia lo alto, deseoso de pasar la noche en la cueva del mismo Pico de Urbión (una friolera de casi 2.300 metros de elevación). Mas la noche vino á malograr sus designios, porque ví con satisfacción tirar al suelo maletas, fardos y comestibles.

Miré mi aneroide: 2.050 metros. No está mal: pocas noches he dormido tan elevado. Interrogo con el pensamiento y la vista á un cielo encapotado, y ruedo la cabeza: la lluvia es finísima, pero el guía me cuenta como una gracia que años atrás, por estos sitios, les entraba el agua por el cogote y les salía por las piernas, y añadía, como la cosa más natural del mundo, que así pasaron toda la noche.

¡Qué alegre y agradable es el chasquido de las ramas secas, cuando se está cansado y se tiene hambre! Mis hombres van y vienen con fuertes brazadas de leña; por fin acometen á un secular tronco de pino, blanco como esos huesos soleados de los muladares, y notándoles la imposibilidad de voltearlo, me acerco en su ayuda; y cuando, á fuerza de no despreciable fuerza, logramos ver el esqueleto dichoso del pinito en el sitio deseado, solté la carcajada. Ni que se tratara de una cena de gigantes.

Me recosté contra un tronco del último pino de aquellas alturas y que nos había de cubrir del relente aquella noche, y mientras mis compañeros preparaban la cena, me quedé dormido. Cuando me despertaron, un montón de carne asada tenía delante: por plato la piel; todo era de lo más primitivo. El asado, los utensilios de cocina, el país; y hasta mis hombres: estaba asistiendo á una representación de la época heroica numantina. Y en verdad digo, que me encontraba dentro del término de una de las aldeas de Numancia.

Junto á la hoguera habían colocado dos grandes piedras,

con el fin de sostener una vara de fresno en la cual veía ensartados varios trozos de carne, y que debían tostarse únicamente con el calor de la llama; el guía metía mano de cuando en cuando y daba vueltas al asador, y al estar la carne en su punto, lo levantaba en el aire, soltaba cuatro cruces y media docena de bendiciones á un cielo nublado — para secar la grasa, según decía — y con el cuchillo hacía los pedazos como quien saca punta á un lapicero. No he comido carne más deliciosa; pero el guía me replicó que es mucho mejor empleando leña de haya. Adquiere tal fragilidad la carne, que al primer bocado se deshace en la boca como si fuera fina galleta.

Nos disponemos á pasar la noche de cualquier modo. Yo logro una buena cama con el serrin y la jalma de la mula; mis hombres me aseguran que ellos necesitan bien poca cosa para dormir; avivan el fuego y, á su vera, descansamos la noche del día 8 de Julio de 1905.

La mañana es fresca y nos desentumecemos al calor de la hoguera; el ejercicio viene después; con el movimiento reaparece la dormida energía. A la hora de subida, con el fin de ganar los doscientos metros de altura que restan para llegar al Pico, ya no quedaba ni recuerdo de la mala noche. Y luego... luego vienen las plantas, llegan las rarezas, las especies nuevas en las crestas; vienen los ventisqueros, vienen las nieves á impedirnos el paso y se siente un infantil placer al bordearlas, al pisotearlas; se goza al acariciarlas como acarician los grandes cariños, como acaricia la franca naturaleza.

Siempre me fué penoso decidir la bajada; pero «es preciso». Sin pena descendí de algunas cumbres; pero de aquí, que debí bajar satisfecho por las novedades científicas recogidas, pero de aquí, que debí bajar hasta orgulloso por ser el primer naturalista que descubría estos países, desconoci-

dos para la ciencia, descendí bien triste; sino por lo que dejaba, por el triste papel que representamos ante el mundo científico, teniendo tierras en tres provincias (Logroño, Burgos y Soria) con alturas de 2.000 á 2.300 metros y todavía desconocidas en el siglo xx.

Como los buenos ó malos recuerdos nunca amortiguaron mi apetito, hicimos la comida junto á una de las más modestas fuentejillas del «famoso Duero» y nos despedimos del guía, que se volvió á Neila. Tomamos un buen camino por aquellos interminables pinares, y cruzando Duruelo, Covalleras y Salduero fuimos á dormir á Molinos. En Herrerías salimos á la carretera, y recuerdo que, en uno de los pueblecitos que pasamos, oí á un compañero cascándole á un mortero de hierro en el umbral de la botica. Un joven de mirada dulce y resignada, barba negra y de color bien pálido (para la región) y á quien tuve intención de gritar desde la mula: «¿Eh, compañero, cómo se pasa la vida?»

Pero el grito abortó en mi garganta: tenía prisa; no podía perder ni un minuto. Debíamos de encontrarnos á las dos de la tarde en Soria, y echamos las cuentas, y contados los kilómetros con los dedos, la suma nos resultaba en perjuicio: sobraba camino y nos faltaba tiempo. Y era el caso, que al muletero le convenía salir aquella misma tarde de la capital, para deshacer las quince leguas que le apartaban de su pueblo y de esta suerte resultaba menos pesada la jornada del día siguiente.

Y lo que más me admiró en el viaje. Yo me creía, ó soñaba mejor dicho, que el tipo humano endémico de este país visitado, según la historia de sus hazañas homéricas, debía ser de extraordinarios caracteres físicos; y me llevé solemne chasco cuando lo descubrí de corta talla y de escasa robustez. Esta contrariedad me sumió en «*profundos análisis*, que, como de «*naturalista*», son poco aceptables en «*nués*

tra patria»; pero de comparación en comparación lógica, y de frío en frío análisis por aquellos interminables caminos, cansado de pensar en plantas y más yerbas, harto del bochornoso y mortificante calor, impropio de una región en donde veía las mieses derechas y sin embargo, ni á la sombra se podía descansar, tan grande era la calma... ¿En dónde estaba? ¡Ah, sí! Entonces me encontraba en Grecia; y venía á mi memoria, ante aquellas llanuras de Soria, que los ejércitos romanos tuvieron por prudencia no escoger para batirse con este pueblo de *hombres pequeños*, que Tebas no fué nada antes y después de Epaminondas. Ergo; en Numancia debió acontecer algo parecido.

Y ¿á dónde dirigiremos nuestros pasos este año? Volver aquí, más despacio, son mis deseos; estudiar más detenidamente estas alturas, sería conveniente; pero el tiempo... la botica... Y cuando digo yo que estos asuntos han de tomarse en broma... Porque, sino, estaba arreglado. Vaya á paseo Heráclito, me voy con el risueño Demócrito: porque si la vida es una calva colina, me agarro al pelo casual que me deparó la alegría.

CARLOS PAU.

SECCIÓN CIENTÍFICA

Sobre las pomadas de óxido mercúrico usadas en oculística

En 1902, M. E. Dufau publicó en el *Journal de Pharmacie et de Chimie*, un procedimiento de preparación del óxido amarillo mercúrico, por el que se obtiene un óxido mercú-